



## *Oralitura y palabra bonita: escribir desde el símbolo*

Una conversación con Hugo Jamioy Juagibioy  
(14 agosto 2023)

por Simone Ferrari  
(Università degli Studi di Milano)

HUGO JAMIOY JUAGIBIOY (1971, Valle del Sibundoy, Colombia) es oralitor indígena kamëntšá. En las últimas dos décadas, su obra se ha convertido en un hito de la producción literaria indígena contemporánea de América Latina. Originario de la comunidad kamëntšá del Putumayo, donde la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes desciende hacia la jungla amazónica, Jamioy escribe sus poemas en lengua kamëntšá y se autotraduce al español. Su obra más conocida, *Bínÿbe Oboyejuayëng/Danzantes del viento*, ha sido publicada en 2005 por la Universidad de Caldas y ha sido ampliada en 2010, en una segunda edición a cargo del Ministerio de la Cultura de Colombia. El libro recoge más de setenta poemas bilingües. En el poemario, la escritura alfabética dialoga con el lenguaje textil del chumbe y con los múltiples espacios de producción del conocimiento desde el saber kamëntšá: la palabra mayor del yagé y de la hoja de coca, los danzares y cantares tradicionales andino-amazónicos, el arte oral de taitas y batás tejido al lado del fogón. Al mismo tiempo, los escritos de Jamioy enfrentan la inquietud del desplazamiento indígena a la ciudad y sus irreprimibles carreras de soledad. En su desafío al olvido, Jamioy talla su palabra entre tiempos y geografías mayores, anhelando la urgencia impostergable del legado transgeneracional de los saberes.

Actualmente, Hugo Jamioy vive en Simunurwa, pueblo ubicado en la Sierra Nevada de Santa Marta. En la región arhuaca, Jamioy se desempeña como director de



la Biblioteca y Casa de la Memoria, un espacio que anhela a revitalizar los saberes amerindios entre las juventudes indígenas de Colombia. Mientras tanto, su poemario *Bínÿbe Oboyejuayëng/Danzantes del viento* ha sido traducido a varios idiomas y ha inspirado, junto con los poemas de Nataly Domicó, la obra teatral *Danzantes del viento*, poema visual y sonoro dirigido por Iván Benavides y estrenado el 13 de agosto de 2023 en el Teatro Colón de Bogotá.<sup>1</sup>

**Simone Ferrari:** sus libros son reconocidos como obras de referencia de la poesía indígena latinoamericana. Sin embargo, en su lengua materna, el kamëntšá, las palabras ‘poesía’ y ‘poeta’ no existen. Recientemente, el artista plástico de origen nasa Edinson Quiñones ha señalado que en las lenguas indígenas tampoco existen las palabras ‘arte’ o ‘artista’, por lo cual él define a sus creaciones como “prácticas de sanación”. ¿Cómo definiría su lugar de enunciación y su forma de plasmar la palabra?

**Hugo Jamiroy:** En la perspectiva de nuestra comunidad, de nuestra lengua, aspiraría a convertirme en un *Botaman biyá*. *Botaman biyá* es la forma como determinamos, entre los kamëntšá, al ‘hombre o mujer de la palabra bonita’. Aspiraría algún día a que mi pueblo me reconozca como *Botaman biyá*. Sería mi honor y mi gran orgullo. Vamos de a poquito, construyendo ese camino de la palabra. Claro, mirando a la comunidad, pero también mirando hacia afuera.

**Simone Ferrari:** ¿En qué sentido? ¿A quién, y a dónde, se dirige su escritura?

**Hugo Jamiroy:** Siempre he pensado que alguien tenía que encargarse de escribir nuestra ‘palabra bonita’ kamëntšá hacia afuera, compartirla. Si eso que nos compartieron nuestros padres, abuelos, tíos, la gente mayor de la comunidad, las autoridades, nos sirvió para formarnos, pienso también que lo que he aprendido en mi pueblo podría servirle para otras personas. Ante todo, en una dimensión humana. De ahí nació la posibilidad de buscar alguna manera de compartir eso que nosotros sentimos, pensamos, vivimos. Y claro, usted no entendería si le hablara mi lengua. Entonces hay que buscar alguna forma, incluyendo a la lengua española. A mí se me facilitó la poesía. Siento que es muy fácil para mí hacer poesía, porque en nuestra lengua la poesía ya está hecha: está en nuestras mismas palabras. Cuando le digo *Jabuainan*, uno lo traduce y es: “sembrar la palabra en el corazón”. ¿Qué le aumento a esto? ¿Qué le quito? Ya es poesía. Esto funciona con muchas palabras kamëntšá. Y son palabras que no tienen significado solamente desde nuestro pueblo: su significado es universal. Eso las hace palabras grandiosas y valiosas, y es nuestra tarea compartirlas.

---

<sup>1</sup> La presente entrevista fue realizada el 14 de agosto de 2023, al lado de una fogata ritual frente al Centro Nacional de las Artes Zapata Olivella de Bogotá, al terminar la segunda representación de la obra teatral *Danzantes del viento* en el Teatro Colón. El evento se ha llevado a cabo en el contexto del Primer Encuentro de Pueblos Originarios Abya Yala.



**Simone Ferrari:** en lengua kamëntšá, aspira a definirse como *Botaman biyá*, ‘hombre de la palabra bonita’. ¿Y en español? A partir de los años Noventa, con el trabajo poético y divulgativo del escritor mapuche Elicura Chihuailaf, distintos autores y autoras indígenas de América Latina se definen como oralitores u oralitoras. ¿Usted se reconoce en esta definición? ¿Qué opina de la noción de oralitura?

**Hugo Jamiroy:** Soy un enamorado de la palabra oralitura. Siempre lo hablamos con Elicura Chihuailaf, desde que planteó el tema cuando nos conocimos, hace veintiocho años. Nos identificamos en ella. Para decirte la verdad, yo no me siento poeta, ni en español. A veces me lo dicen: lo escucho nada más, pero no me siento así. Trato de buscar otra forma y otra definición. Ojalá algún día pueda llegar a ser un buen *Botaman biyá*, como dicen en mi pueblo. Hoy me es más cómodo saber que soy oralitor. En este sentido, estamos haciendo un esfuerzo colectivo por intentar conceptualizar lo que es la oralitura. Desde diferentes lenguas y oralitores, estamos intentando con nuestros pueblos plantear una definición.

**Simone Ferrari:** Para definir la oralitura, Elicura utiliza la imagen de un pensamiento que avanza con dos pies y dos orillas, entre oralidad y escritura: “un espacio aparentemente no nombrado [...] que estaría entre ambas orillas. Un cauce, no un puente, que se nutre y que riega ambas laderas” (Chihuailaf en Rocha Vivas 24). ¿Comparte la alegoría del cauce del río?

**Hugo Jamiroy:** Totalmente. La imagen del río con dos orillas de Elicura se acomoda a nuestro pensamiento. A partir de ahí estamos intentando aprender y aportar a la construcción conceptual de lo que es la oralitura. La imagen del río es la que ahora me habita. Paralelamente, también la imagen del tejido podría ser otra bonita posibilidad de entender lo que es la oralitura. En particular el *tšömbiach*: un tejido en el cual plasmamos nuestro pensamiento, y ahí va quedando lo generacional. Los abuelos escribieron antes con la palabra antigua, hoy lo hacemos nosotros con la palabra nueva. En ese tejido podemos tratar de interpretar lo que es la oralitura.

**Simone Ferrari:** ¿A qué se refiere cuándo menciona la ‘palabra nueva’? ¿Tiene que ver con la reciente integración de sistemas de escritura alfabética en el uso de la lengua kamëntšá? ¿O con la voluntad de sembrar una palabra que sepa cumplir con el reto de transmitir los saberes comunitarios a las generaciones venideras?

**Hugo Jamiroy:** Con ambas cosas. Primero, pienso que las palabras son parte de un círculo, de un ciclo. Nosotros seremos la palabra antigua de lo que vendrán en cincuenta, cien años. Entonces la pregunta es: ¿qué dejaremos para ellos? Por eso nos toca asumir la tarea. Al mismo tiempo, nosotros nos nutrimos de lo que nos dejaron nuestros abuelos. Y así se va cumpliendo este ciclo. Son retos.

Me pregunto qué retos le habrá tocado vivir a nuestros abuelos a principios del siglo XX, cuando apenas estaban intentando aprender español aquí. ¿Quién sabe cómo habrán sorteado esos retos! Hoy día, en esa modernidad, nos toca asumir el reto de la invasión de los medios de comunicación. Son muy atractivos, muy fáciles de aprender y



lo capturan a uno de manera tan simple que nuestros niños fácilmente pueden coger un celular, una tablet, un computador, un portátil y pueden dedicar todo el día a estar ahí, sin estar atendiendo las cosas cotidianas de nuestra vida. Este parece ser nuestro reto hoy. Tenemos que ser muy creativos en brindarles formas para que nuestra palabra no pierda la fuerza. Para que nuestra música, nuestra danza, nuestra simbología en el territorio no pierdan la fuerza. Por eso asumimos también que nuestras culturas actuales están siendo llamadas a practicar la lectoescritura. Se carece en las comunidades de material pedagógico, libros escritos en kamëntšá para que se practique nuestra lengua. Entonces para nosotros es más fácil hablar la lengua que leerla o escribirla. Es otro reto que estamos asumiendo.

Plantear que somos 'nueva palabra' es habitar el hoy. Lo que hoy estamos haciendo será la antigua palabra de los que vendrán después. Asumir esta nueva palabra sería imposible si no tuviéramos esa fuente tan valiosa, tan cargada de posibilidades como es la antigua palabra. Esa es la fuente fundamental: por eso son tan importantes los abuelos que guardan los relatos, los tejidos, los territorios, los lugares simbólicos. Todo lo que existe hace parte de la simbología. Es un ciclo. Nuestra vida no es lineal, es circular.

**Simone Ferrari:** ¿En los ciclos de la palabra que menciona, el papel de la lectoescritura alfabética podría compararse con el valor del lenguaje textil para la palabra antigua?

**Hugo Jamiroy:** Sí, pero sin olvidar el tejido. Lo alfabético jamás remplazará la simbología del tejido: solo permite expresarla de otra forma. Pero no es lo mismo escribir un dibujo o hacer un dibujo.

**Simone Ferrari:** En este mismo orden de ideas, en más de un poema de su libro *Bínÿbe Oboyejuayëng/Danzantes del viento* (2010) se problematiza la dimensión *textocéntrica* del conocimiento. En el poema *Analfabetas* surge la pregunta "A quién llaman analfabetas, ¿a los que no saben leer/los libros o la naturaleza?" (179). La respuesta es: "Unos y otros/algo y mucho saben./Durante el día/a mi abuelo le entregaron/un libro:/le dijeron que no sabía nada./Por las noches/se sentaba junto al fogón,/en sus manos/giraba una hoja de coca/y sus labios iban diciendo/lo que en ella miraba" (179). Los distintos soportes del saber pasan por una multiplicidad de factores: el poema deja clara la importancia de la dimensión nocturna, corporal y territorial de la palabra. Ahora bien, en tiempos recientes las producciones culturales indígenas están conquistando espacio en los contextos urbanos de Colombia. ¿Cree que la ciudad es capaz de escuchar esta palabra, de reconocer estos lenguajes?

**Hugo Jamiroy:** Sí. La gente de la ciudad se conmueve cuando escucha nuestros relatos. Lo importante es que tengan tiempo y dedicación a escuchar. Esa es una de las debilidades de la ciudad: no tiene tiempo para poder escuchar un relato. Hace pocas horas, el mayor gunadule Abadio Green estaba sentado frente a un fogón contando un relato antiguo sobre la creación del mundo según la gente del Darién. En pleno centro de Bogotá. Y las personas de la ciudad estaban escuchando, expectantes. Creo que es



necesario que las personas tengan posibilidad de dedicarle tiempo a escuchar esas palabras. De ahí van a encontrar las figuras, imágenes y lenguajes de nuestros territorios. Y las ficciones. En el mundo kamëntšá, la ficción se inventó en las palabras que dibujaban nuestros abuelos allá en el fogón, sin luz eléctrica, sin pantalla, sin nada. Solamente con la palabra. Para nosotros la primera ficción era ahí, en la palabra antigua. Una palabra que tiene mucho relato, que no hacía sentir miedo, o nos hacía reír. Nos despertaba sensaciones. Los mayores nos enseñaron el poder de la palabra. A la gente de la ciudad le hace falta tiempo para escuchar un poquito lo que tienen guardados nuestros lugares inhóspitos.

**Simone Ferrari:** En el año 2021, ha sido publicada por IDARTE la recolección de cuentos y poesías *Recuerdo mi origen*. El volumen contiene memorias literarias del conflicto armado interno colombiano y de sus consecuencias para las comunidades indígenas. Sus autores pertenecen a distintos pueblos originarios de Colombia. Su contribución al libro conjuga un breve relato testimonial, "Sentir tranquilidad", conmovedor y aterrador, con un poema dedicado a la gente embera y a su desplazamiento forzado. En un país tan marcado por la guerra y sus violencias, donde el dolor ha sido silenciado y negado sistemáticamente, ¿qué función puede asumir la palabra? ¿Es posible vehicular un proyecto de paz por medio de la poesía, la oralitura, la 'palabra bonita'?

**Hugo Jamioy:** Colombia es un pueblo muy rico de tradiciones. No solo los pueblos indígenas: los pueblos negros, la gente de la ciudad, los campesinos, tienen muchas cosas que contar. Creo que en estas décadas no hemos tenido la posibilidad de reunirnos y contar. Colombia ha vivido tiempos difíciles. Violencia, guerra, desplazamiento, despojo de la tierra. En este contexto, lo más difícil ha sido que no nos hemos reconocido: hemos sido muy débiles. Yo creo que la gran mayoría de la población colombiana es gente de paz. Un porcentaje muy pequeño de personas ha construido cosas muy hostiles que amenazan y atemorizan la vida. A veces nos hacen creer que toda la gente de nuestro país está en guerra. Pero no, uno transita por los lugares del país y encuentra a gente maravillosa, gente de paz. Creo que hay que invertir los discursos. Invertir la palabra y dejar de silenciarla. Todos tipos de expresiones de la palabra, simbólica, cantada, ritual, ceremonial, escrita, están esperando a que le demos la oportunidad para que pueda florecer en nosotros.

Claro, muchas veces hay que lamentar hechos dolorosos. Es difícil escribir sobre ellos, pero hay que hacerlo, para no negar. También es necesaria esa palabra para que esa memoria no olvide. Pero es fundamental tener una palabra positiva, para contar las cosas bonitas que ocurren, más allá de ese lunar de violencia en el rostro de Colombia.

Yo creo que esa palabra siempre está ahí. Lo importante es darle posibilidad que florezca. Cuando florece sobrepasa los límites que hemos construido los seres humanos desde las fronteras de la individualidad. Esas fronteras se rompen cuando estamos juntos en comunidad. Creo que cada pueblo de Colombia tiene algo por contar. Sin embargo, a veces nos dejamos invadir por las redes de comunicación, que nos forzaron a decir algo, y nos olvidamos de lo que internamente tenemos. Otras veces solamente pasamos mirando como pasajeros. Mientras tendríamos que detenernos a contemplar





un poquito. No solamente un agua cristalina o una gran cascada: también tenemos que dedicarnos a contemplarnos entre seres humanos. Si no nos vemos, si no nos damos la posibilidad de vernos a los ojos, no sabemos que está pensando el otro. Y tenemos temor de expresar lo que sentimos o lo que vivimos. Esta es una forma de crear límites y barreras que no nos deja ver más allá, ver lo que nosotros verdaderamente somos.

**Simone Ferrari:** Otra de las escritoras indígenas quienes contribuyeron en el volumen *Recuerdo mi origen* es Nataly Domicó, con cinco poemas sobre los efectos de la guerra entre el pueblo embera. Algunos de sus poemas fueron escogidos como textos de la obra teatral *Danzantes del viento* (2023), poema visual y sonoro que condensa danzas, cantos, expresiones audiovisuales y lecturas. En la obra participan decenas de jóvenes indígenas, con danzas y cantos impregnados de las tradiciones culturales de los pueblos wayuu, gunadule, ikus y murui, pero también de la palabra poética kamëntšá y embera. En distintos momentos de la función, usted enuncia algunos de sus poemas contenidos en *Bínýbe Oboyejuayëng/Danzantes del viento*, mientras los bailarines ejecutan danzas colectivas plasmadas en las formas artístico-rituales de varios pueblos indígenas de Colombia. Ahora bien, las cosmovisiones kamëntšá nos enseñan que es posible *danzar* el pensamiento. ¿Cómo se desarrolló el ejercicio de la siembra de su ‘palabra bonita’ en el espacio teatral? ¿Cómo se abrió este espacio de diálogo entre la poesía, la danza y el canto?

**Hugo Jamioy:** Nosotros los kamëntšá, por naturaleza, en la cotidianidad hacemos música y hacemos danza. Por cualquier cosa, en agradecimiento a las jornadas de trabajo de cada día, al final se hace un canto, una danza. Los niños cultivan eso desde muy pequeños. Por eso uno los ve con esa maestría para la música. Creo que esto hace parte de las dinámicas propias de las comunidades, de la familia, que es la primera escuela natural de la vida. Donde se funda y se siembra la semilla. Así que no ha sido una preparación para un espectáculo: es parte de la vida cotidiana. De un proceso propio de formación, de los nuevos hombres y mujeres, donde los niños se van impregnando de esas prácticas. Es bonito, porque a medida que van creciendo les va interesando más, van entendiendo más. Eso hace que danzas y cantos tengan un sentido, una interpretación, una simbología. También, hace que ellos se fortalezcan desde la enseñanza de la palabra, que les entrega el significado de sus danzas.

En la obra teatral se propuso en un solo montaje una combinación de cuatro danzas. La primera es Maku: hace referencia a uno de los mamos más sabios de la comunidad arhuaca de la Sierra Nevada. En el baile se representó el mono. La segunda es la Kankurwa, la casa sagrada arhuaca. Es el espacio ritual, donde circula la palabra y la sabiduría del mamo, que ahí habita como guardián. Luego está la danza dedicada a las aves, el ser más equilibrado que existe en la naturaleza. La última es un homenaje a la madre tierra. Ahí la danza representa la culebra. Por eso los bailarines se hacen en forma de culebra: se roscan y se desenvuelven. Representan el tránsito que hace la serpiente por la tierra: el animal que más entrega su energía, que acaricia a la Madre Tierra constantemente. Estas son las cuatro danzas que se hicieron. Finalmente, para la realización de la obra se activó un proceso propio de nuestro sistema de formación de



los niños. Para que traten de entender lo que es el mundo sin fórmulas, sino con motivaciones de sensibilidad. Para que aprovechen sus ojos, sus oídos, su boca. Para que expresen su piel y su cuerpo. Por eso son supremamente sensibles a cualquier sonido, lugar y color. A este proceso hace referencia nuestra práctica de la música, de la danza y de la palabra.

## BIBLIOGRAFÍA

Jamioy, Hugo. *Bínÿbe Oboyejuayëng/Danzantes del viento*, Ministerio de Cultura de Colombia, 2010.

Rocha Vivas, Miguel. "Oralitura: memoria y conversación para la paz; escuchando al poeta mapuche". Hoy en la Javeriana, año 57, núm. 1343, noviembre-diciembre 2018, pp. 24-25.

---

**Simone Ferrari** es investigador, docente y periodista. Es doctor en Estudios Lingüísticos, Literarios e interculturales por la Universidad y es Doctor en Ciencias Sociales y Humanas por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Se dedica a la investigación de las producciones culturales y literarias indígenas contemporáneas en Colombia en la actualidad. Actualmente se desempeña como investigador en la Universidad de Milán. También, realiza reportajes y escribe de actualidad latinoamericana para periódicos italianos, mexicanos y colombianos.

<https://orcid.org/0000-0002-3339-5737>

[simone.ferrari1@unimi.it](mailto:simone.ferrari1@unimi.it)

---